EL CAÑAVERAL

POR

JOSE GARCIA NIETO

Yo tenía apenas nueve años cuando me llevaron allí. Recuerdo ahora que era muy frío el día y que un tapabocas que me prestaron, grande, ancho, con unas destacadas rayas verdes, cubría mi cuello y casi mi cabeza. Entre dos de sus vueltas, yo trataba de asomar los ojos; miraba con dificultad, observándolo todo, que tan nuevo y miedoso me parecía. Los días de la ciudad se habían quedado muy atrás; los días del colegio de frailes, con el tristísimo, pero templado rezo de las tardes, con las mañanas de sol en el patio ruidoso, con la hora de la merienda comiendo junto a una verja el pan tierno bien untado de mantequilla. Ahora todo era distinto. Aquella misma tarde me habían ofrecido una rebanada de hogaza apretada, con una sola línea de corteza, que sostenía un trozo turbio de tocino. No conseguí clavarle el diente. Además yo todavía tenía mi pena a cuestas. Porque es mentira eso de que los niños no sufren. No es que a mí me doliera en toda su medida la muerte de mi padre; no. Pero una tristeza profunda, nacida de muchas pequeñas e importantes cosas, me tenía cercado y sobrecogido. En menos de cuatro años me había quedado sin padres. De lo de mi madre no me enteré; pero ahora, los días angustiosos de la enfermedad, los ojos que se enjugaban para que yo no adivinara los incontenibles llantos... Y luego, al fin, como un golpe de ciego, la muerte. La muerte que era también

descanso para todos, y anulación de esfuerzos, y volcarse y gozarse en lo irremediable. Ahora lo veo con claridad, y veo cómo toda aquella tragedia pesaba sobre mí, me pesaba a mí mismo, niño que se está haciendo, corazón que empieza a adivinarse mortal.

El viaje fué peor que nada. Al tren, relativamente confortable, sucedió el traqueteo desigual y mortificante de una tartana que seguía con dificultad las curvas del camino, roto, casi impracticable, entre los pinos. Porque el pueblecillo estaba hundido en lo más accidentado de la sierra. Alguna vez, en un claro que hacía el pinar, se podía ver la cima de una montaña cubierta de nieve, que la niebla confundía y turbaba. Algún pájaro oscuro, volando muy bajo, se cruzaba, como enloquecido, con los ruidosos caballos que tiraban del carricoche. Yo sé que pegaba mi frente a la ventanilla, que me golpeaba contra su frío, y que de vez en cuando tenía que frotar con mis dedos entumecidos el cristal que se empañaba sin cesar con mi aliento. Me parecía poco serio en aquellos momentos escribir con un dedo, como tantas veces lo hiciera en las ventanas del colegio, el nombre del profesor, o mis iniciales artísticamente enlazadas, o dibujar aquel perfil que con un seis y un cuatro quedaba tan gracioso. No; no creáis que estaba para bromas, pero sé que lo habría dibujado sin que para nada disminuyera mi pena; sin que por esto echara en saco roto toda la tragedia que se nos había venido encima. Pero ¿qué diría mi tío que, allí, a mi lado, muy digno y enlutado, sumido en su gabán, me miraba con frecuencia, con una mirada en la que se veía mejor la importancia de mi desgracia? No, no debía hacer tonterías. Descubría que los mayores estaban bien repletos de apariencias, y que había que ser de una manera en la que casi no se mandaba, pero había también que aparecer de otra que era la que más convenía a cada situación. El pinar empezaba a llenarse de sombras; una luna muy clara corría entre el verdor de los árboles, que parecían correr desenfrenados. Y aunque yo bien sabía que los que nos movíamos éramos nosotros, la verdad es que aquello empezaba a darme un poco de miedo. Para colmo de males, arriba, en el pescante, el cochero y otro hombre que nos ayudó a cargar las maletas llevaban una conversación muy poco tranquilizadora. Les oía decir que los lobos habían bajado la noche antes y habían dejado sus huellas en las puertas de muchas casas, que hasta entraron en los corrales y mataron algunas gallinas. Dejé de mirar a los árboles y a la luna. Cerré los ojos y me apoyé un poco en el brazo de mi tío. Este me colocó bien la cabeza, creyendo que iba a dormir. El paño de su abrigo me rozaba desagradablemente en la cara; pero me hundí allí, cansado, metiéndome bien en toda mi pena. Aquel gabán olía un poco como el de mi padre, a tabaco, a señor

mayor. Ahora me acordé de él, me entristecí mucho por él. Después por mí, que debería también haber muerto. Luego me eché a llorar. Mi tío no pudo notar nada, porque él sí que se había dormido.

* * *

Mi tía era alta, muy alta y huesuda. Su cara, larga como la de un caballo. En las mejillas tenía dos redondelitos de color. Cruzaba casi siempre sus manos sobre el estómago, y hablaba acariciándose una con otra, nerviosa, insistente. Ella y mi tío apenas se miraron.

—Hola, María; éste es el niño.

Ella me besó en la cabeza. Yo sólo sentí el golpe. Y, en seguida, una de sus manos duras, blanquísimas, cogió la mía y me condujo a lo largo de la única calle del pueblo.

Las casas eran desiguales. En medio de la calzada, por donde más se hundían los guijarros, corría un regato de agua sucia. A sus lados, de pronto, crecía un poco de hierba. Al final de la calle había una casa más alta que las demás. Tenía dos plantas, con una torrecilla arriba que le daba cierta gracia. Yo estaba seguro de que entraríamos allí.

En la casa había un piano, donde mi tía, todos los jueves, cuando ya iba bajando el invierno, preparaba a las niñas para que cantaran en la iglesia las flores de Mayo. *A mí entonces me parecía que mi tía tenía una hermosa voz. En cambio, las muchachas desentonaban de una manera lamentable.*

* * *

Me mandaron en seguida al colegio. A la escuela, decían allí. Yo aprendí también a decirlo para que mis compañeros no se rieran. Ya existían bastantes diferencias entre nosotros para que yo las aumentara con tonterías. Me tomaron un poco de rabia al principio, porque yo parecía saberlo todo. El maestro creo que tampoco me miraba con buenos ojos. Pero he tenido siempre una determinada facilidad para ganarme a las gentes, y, al poco tiempo, era el primero de la clase, entre la convicción y el aserto generales.

A mí no me gustaba demasiado jugar. Y los días se me hacían un poco iguales. Las tardes de los miércoles eran las que más se señalaban en mi vida. El maestro nos llevaba al pinar, y dábamos la clase al aire libre. Esto, claro, sólo en los mejores días de la primavera, o en los templados del otoño, que se iban en seguida, con las pri-

meras nieves. En el Ayuntamiento censuraban al maestro por estas cosas, aunque había algún consejal que le defendía.

—Eso no son más que disculpas para irse a pasear con los chicos.

—Son procedimientos modernos—atajaba don Fabián, el de la serrería, que presentaba siempre al Consejo los más revolucionarios proyectos.

—Modernismo, modernismo—rezongaba el Alcalde—. Más le valía enseñarles mejor. Letra, mucha letra, y encierro, mucho encierro.

Pero el caso es que el maestro, apoyado por el dictamen de un inspector que anduvo por allí, siguió sacándonos todos los miércoles, carretera adelante, hasta la sombra de los primeros pinos. Los días más fríos acampábamos al abrigo de un trozo de muralla, pasada la ermita, que quedaba junto al río, donde daba el sol de plano y el viento de la sierra se estrellaba contra las piedras.

Yo llevaba, debajo del brazo, otras veces al hombro, un cartel de Historia Sagrada; el segundo y el tercero de la clase me seguían con un mapa de Europa y otro de la provincia. Era casi todo el material que teníamos. Los demás chicos venían detrás y admiraban nuestro privilegio; pero la mitad de ellos no sabía apenas nada. No eran como yo, que conocía de lejos, desde donde no se podía leer las letras, todas las naciones que don Alfonso nos señalaba con el puntero. También sabía de memoria los partidos judiciales de la provincia, y sabía explicar, sin cortarme, la historia de David y el gigante Goliat, y la de Esaú y Jacob, y la de los hijos de José.

Ya he dicho que los días de frío o los que amenazaban lluvia no nos alejábamos del pueblo. Como el río estaba cerca, teníamos prohibido pasar de una raya que el maestro hacía con su bastón en el húmedo arenal. En las demás direcciones la libertad era casi absoluta, con tal de que don Alfonso pudiera llamar a cada uno por su nombre—eso sí, aunque tuviera que gritar un poco—y nosotros oyéramos y contestásemos. Yo tenía hasta la facilidad de imitar las voces de algunos compañeros, que a veces se llegaban hasta las moreras, en las cercas de unos frutales distantes, donde, como el viento no ayudara algo, la voz del maestro no podía llegar.

Uno de aquellos miércoles yo descubrí mi paraíso. Había llegado la hora del recreo. «Albarda sobre albarda», como decía don Alfonso. Y, realmente, tenía razón. Toda la tarde del miércoles era una fiesta, y lo mismo era jugar a esconderse que jugar a colgar entre dos árboles o en las piedras de la muralla los mapas y las láminas que llevábamos.

Yo aquella tarde fuí el más rápido para buscar un sitio seguro, donde no pudieran encontrarme. Estaban tan vistos todos los escon-

dites... Los recovecos de las ruinas, y la espalda del puente, y el atrio de la ermita. A entrar no nos atrevíamos, porque utilizar aquello para jugar podría resultar un sacrilegio.

Corrí en la misma dirección durante un buen rato hasta alcanzar el cañaveral. Bordeaba éste unos cuadros de huerta, y pienso ahora que no tendría más de tres metros de ancho, aunque a lo largo podría pasar de los cincuenta. Entré allí como pude, sorteando cuidadosamente las cañas. El paso se hacía difícil, pero yo seguía, tenaz, avanzando. Desde las ventanas altas de mi casa yo había mirado muchos días al cañaveral. Me parecía un bosque diminuto, una encantada selva preparada para que los niños desentrañáramos su secreto. Empezaba en la huerta del ermitaño, y se alargaba, paralela al río, incitante, espesa, misteriosa.

Yo avanzaba ahora con cautela, a gatas, ensordecido gratamente por el ruido que arriba hacían las hojas al chocarse. Arriba *no eran más que dos metros, acaso tres; tres metros de pobladísimo y diferente verdor. Columnas jugosas, resbaladizas, techos de vegetal tejido, suelo de muelles hojas desprendidas. Aquello era como estar dentro de una gran flor. La luz llegaba atravesando cien resquicios, mil paredes de sobrenatural delgadez. De trecho en trecho, el bosque se aclaraba un tanto; se podía seguir mejor—siempre de rodillas—y hasta era posible incorporarse. Entonces era mejor; ceñido todo el cuerpo entre las cañas, yo mismo parecía un árbol más, una especie de buzo en el fondo de un mar sonoro y brillador. Cuando las cañas formaban una pequeña plaza, entonces el cielo—¡qué alto!—aparecía en una mancha purísima, de mejor azul que nunca, entre la arboleda de unánimes lanzas.*

Permanecía allí olvidado de todo. ¿Cuánto tiempo? No sé. Pero me parecía que llevaba varias horas de descubrimientos, de posesiones. Mi sorpresa fué extraordinaria cuando, cambiando de dirección, salí de mis grutas, y, al mirar al punto de partida, comprobé que estaba relativamente cerca. Para acabar, todo fué bastante bien. Don Alfonso se había pasado leyendo la mayor parte de la tarde, más entusiasmado que nunca, en aquel odioso *Guzmán de Alfarache, y al iniciar el regreso no advirtió mi falta. Pasó a mi lado la fila de muchachos, y después de esconderme de él, que marchaba a la cabeza, todavía leyendo, logré incorporarme a mi puesto sin que pudiera darse cuenta. Me preguntaban todos los ojos, todos los gestos de mis compañeros.*

* * *

Pocos días después expliqué mi descubrimiento. Al principio les

pareció una tontería. Todos, más o menos, habían entrado alguna vez en el cañaveral, pero, al fin, se decidieron a venir conmigo. Mi prestigio sirvió para convencerles. Y a partir de aquella primera expedición, comenzó a decaer mi fama de buen alumno. Ya no podía atender como antes en las clases. No estaba en casa el tiempo suficiente para preparar las lecciones. Siempre que podía me escapaba a mi bosque encantado, y cuando no, se me pasaba el tiempo haciendo proyectos para perfeccionar nuestra colonia. Ya tenía a ocho o diez muchachos complicados en mi aventura. Nos juramentamos para que nadie nos pudiera descubrir. Con nuestros cortaplumas empezamos a talar algunas partes del cañizal para hacerlo más practicable. Ahora cada claro tenía un nombre, y habíamos señalado los caminos para que fuera fácil seguirlos y entendernos. Con las hojas y cañas cortadas hicimos tiendas y refugios. Habíamos montado una centinela y nos comunicábamos de extremo a extremo, por medio de golpes convencionales que se iban sucediendo. Teníamos ya bautizados todos los rincones de nuestro mundo. Allí estaba la plaza del caballero Lagardere, *el héroe de Paul Feval, y la* ruta del Sandokan, *de Salgari, y la* encrucijada de Pedro Simple, *el del capitán Marryat.*

Yo me extasiaba en mis horas de guardia. Temeroso antes de tantas cosas, había ahora cambiado por completo. No me importaba quedarme allí solo el tiempo que fuera. Me tendía y, sin pensar en nada, me quedaba absorto mirando a mis techos prodigiosos. Algún pájaro se paró a veces tan cerca de mí, que podría haberlo alcanzado con la mano. También vi cómo, en pleno vuelo, o después de un breve acecho, capturaba un insecto o un gusano o una mariposa. Yo contenía la respiración y descubría diminutos y milagrosos mundos, formidables señales de la vida, maravillosas claves de la difícil armonía del mundo. Yo me sentía el dueño del silencio, y cuando lo conseguía, quedándome muy quieto, oía el pasar incesante del río, que no había oído antes nunca. El viento silbaba y batía las hojas, que hablaban siempre la misma lengua, pero ya para mí, siempre también, con palabras distintas y recién nacidas.

A veces crecía el hastío entre mis compañeros. Se iban cansando de la monotonía de nuestro Eldorado. *Y emigraban hacia el otro lado del río, o hacia los nidos del bajo pinar. Pero para mí el cañaveral era ya un indispensable refugio; era toda mi ambición, toda mi libertad, y hasta todo mi pecado. Porque notaba claramente lo nocivo de su influencia. Me iba haciendo poco a poco taciturno y huraño. Huía de todos, y ya tenía mi hogar, que no era aquel de la ciudad, helado y desasistido desde la muerte de mi padre, ni este*

caserón de la aldea donde mi tía parecía disponer las sombras desde la mañana, dejándolas en su precisa y abrumadora costumbre, como los muebles, como los cuadros. Tenía ya mi hogar y me entregaba regaladamente a él. Y él, a su vez, me iba poseyendo, y anulando para todo lo que no fuera su deseado y ensoñador hospedaje.

* * *

Era fuerte el verano por allí. Las montañas cercanas traían frecuentes tormentas. Muchas veces un rayo partió en dos un árbol o dejó en el sitio a un pastor.

El cielo había estado todo el día bajo y rojizo, con un amenazador aspecto. Apenas unas gotas muy gruesas acompañaron a los primeros relámpagos. Era un jueves y, por la tarde, no habíamos ido a la escuela. Yo miraba al cielo, que resplandecía a intervalos. Tronaba cada vez más fuerte y a menor distancia de la luz. De pronto el cielo se encendió como nunca, y mi tía, que estaba sentada, con la cabeza entre las manos, vino hacia mí y me separó de la ventana.

—Ese ha caído cerca—oí decir a alguien por los pasillos.

Ahora sí llovió unos minutos fuertemente. Seguía la tronada, y pronto nos llegó la noticia. La ermita estaba ardiendo.

Eran frecuentes los incendios producidos por los rayos. Sin otros medios mejores para atajar el fuego, cuando ardía un trozo de pinar se cortaban árboles alrededor para que no se propagara; cuando era una casa la que ardía, tocaban las campanas a remato, y todos los vecinos, portando cubos, jarros y cántaros, procuraban formar una cola que enlazase la fuente con el lugar del siniestro.

Esta vez, como el río estaba cerca, se empezó a llevar el agua desde allí. Los primeros cubos de agua cayeron sobre el ermitaño que, como enloquecido y sin pensar en el peligro que corría, tiraba, incansable, de la cuerda de la campana que, arriba, en la graciosa espadaña, voltejeaba esforzándose sobre su atiplada voz. Las llamas ya prendían en los vestidos del ermitaño cuando llegaron los primeros auxilios.

Todos nos habíamos echado a la calle. Los niños también. Yo vi a muchos de mis compañeros de escuela alineados en alguna de las tres filas que se habían formado hasta el río. El viento era muy fuerte y dificultaba gravemente la extinción. Yo llevaba un cubo vacío desde casa para incorporarme a los salvadores. Nadie se ocupaba sino de trabajar con ahínco y de mirar al incendio a cada esfuerzo realizado. Me dejaron solo en el camino y no pude resistir a la tentación de echar una mirada al cañaveral. Pasé por el otro lado de la

muralla. Sobre ella se veían las llamas de la ermita. Algo me hizo parame, clavarme en mi sitio. El cañaveral empezaba a quemarse. Oí una voz que decía:

—¡Están ardiendo los carrizos!

—¡Que ardan! Es la ermita lo que tenemos que apagar.

Aquello me dicidió. Sabía que iba a hacer mal, pero mi resolución era definitiva. Corrí, sin pensarlo más, hasta la orilla del río; hasta la raya que en el arenal había trazado el día anterior don Alfonso. La traspuse por primera vez en mi vida, y llené el cubo con dificultad. Luego apenas podía separarlos del suelo. Tuve que derramar la mitad para poder llevarlo. Me golpeaba en las piernas y no me dejaba andar. Tropecé y caí varias veces antes de llegar al cañizal. Las llamas eran ya muy altas y se extendían alarmantes. Eché casi toda el agua del primer cubo sobre mis propios pies. Y corrí, corrí de nuevo hasta la orilla. Al otro lado de la muralla se oían confusas las voces de los que trataban de apagar el fuego de la ermita. Yo pensaba, sin dejar de correr, que debería estar donde los otros, que los santos se estarían quemando, que aquella imagen tan hermosa del Niño de Praga acaso ya no sería más que un trozo de carbón. Pero allí había mucha gente y, en cambio, a mí en mi tarea no me ayudaba nadie. Ya no podía correr. Había caído sobre los primeros rescoldos y tenía quemadas las rodillas. Desfallecía por momentos. Ya la cabeza me daba vueltas, y no acertaba a llenar el cubo en el río. El cañaveral ardía ya casi todo. Y era como un barco encendido que se iba a hundir, y yo me sabía su responsable capitán. El asa de metal del cubo se clavaba en mi mano. Ya no la sentía, ni sentía el peso, pero no podía andar más. Tuve que arrastrarme unos pasos con el cubo vacío. Me levanté de nuevo. Tenía frío, mucho frío, y, sin embargo, me ardían los ojos, y la frente, y las manos. Recuerdo que caí definitivamente con la boca pegada a la arena húmeda del arenal.

Todavía oí, muy lejos, ese trueno último que se dejan colgando las tormentas cuando parece que todo ha pasado.

* * *

Estuve enfermo muchos días. La fiebre no cedía y yo tenía complicados delirios. Después me dijeron que sólo se me oía gritar entre mis sueños: «¡Pecado!... ¡Pecado!»

Pero recuerdo bien lo que soñaba. Grandes llamas me rodeaban por todas partes, como si estuviera en el propio infierno; pero yo no notaba ningún dolor, y un gran cubo de agua pendía constante.

mente sobre mi cabeza y se derramaba sin cesar y no se agotaba nunca. A mi lado, la ermita ardía también. Y yo veía entonces toda mi culpa; veía que se estaban quemando Nuestro Señor y la Santísima Virgen del Prado, y que San Lorenzo, el Patrón del pueblo, se quemaba también, se quemaba sobre sus parrillas, y yo alimentaba el fuego, echando cañas constantemente. «Esta, por Lagardere», le decía... «Estas tres, por Athos y por Porthos y por Aramis». Y las tres cañas se volvían tres mosqueteros, que atizaban el fuego de San Lorenzo con la punta de sus espadas. Después se acercaban, danzando, unas mujeres desnudas, y traían unos cinturones formados de pequeños calderos, que chocaban unos con otros cuando ellas bailaban. Luego se convertían en campanas, y cada campana se veía de pronto en la punta de una caña, y echaban todas agua y fuego al mismo tiempo. Yo quería ir allí, pero no podía porque tenía los pies clavados en el suelo; cuando a fuerza de tirar lograba levantar un poco los clavos venían unos pajarracos oscuros y los golpeaban con sus picos para afirmarlos bien. Delante de mí había también una gran línea de clavos más grandes que no podría nunca pasar. Las cañas, cuando yo gritaba, agitaban sus campanas para que no pudieran oírme, y se batían unas con otras, y daban estocadas a todos los santos de la ermita. Y yo decía: «¡Voto a Satanás! ¡Abrid las escotillas!» Y se abría la tierra, y todo se llenaba de agua; pero yo ardía, ardía sin que nada me pudiera apagar. Y todos los hombres, y todas las mujeres del pueblo, y todos los niños también, hicieron una gran fila, y se acercaban a mí, y me estrechaban la mano, como en un duelo, y me decían: «Pecado... pecado... pecado...»

Creyendo yo que iba a morir, mi tío vino de la ciudad. Cuando él llegó yo ya mejoraba. Me prometió comprarme un balón de reglamento cuando me pusiera bueno del todo y llevarme con él para comprarlo en la ciudad.

El día que me levanté no sabía andar. Lo primero que hice fué asomarme a la ventana de mi habitación, que estaba en la parte alta de la casa. Allá, a lo lejos, se veía la ermita, en pie, como siempre; la línea clara del río corría, como siempre, hacia las huertas distantes; como siempre, el viejo trozo de muralla se doraba al sol de la tarde. Pero ya no existía el cañaveral.

* * *

Íbamos en la tartana, camino de la ciudad. Había que cruzar el río por allí, cerca de la ermita. Era de nuevo el otoño. Mi tío lle-

vaba ya el mismo abrigo fuerte, que olía como el de mi padre, a tabaco, a señor mayor.

—Por todo esto fué el incendio, señor—decía el postillón, sujetando un poco a los caballos.

—Ya, ya—contestaba mi tío. Y, dirigiéndose a mí añadía:

—Fuiste un héroe, hijo mío; un verdadero héroe, arriesgando tu vida para salvar la ermita.

Yo hundía la cabeza en mi bufanda y rezaba un Padrenuestro.

—Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo...

Y mi alma me parecía negra, negra como aquella mancha que las cañas quemadas habían dejado en el haz miserable de la tierra.

José García Nieto.
García Morato, 111.
MADRID (España).